

me ocurre qué puede haber de divertido en toser como un loco, pero seguro que lo hay. A lo mejor es como morderse las uñas.

En el caso de los conciertos, el fenómeno quizá sea más comprensible: que la música es una buena forma de aliviar tensiones es algo sabido y cantando por el refranero, la filosofía y los psicoterapeutas polacos; pero, además, es muy probable que un estímulo sonoro tienda a provocar un conjunto de respuestas sonoras en

cadena. Así, por ejemplo, quien vaya a un concierto en la Catedral de Toledo observará cómo los pajaritos que anidan en sus alturas, soliviantados por la repentina avalancha sonora, prrrumpen en melodiosos gorjeos.

Bueno, pues en el caso de los hombres ocurre lo mismo. Lo que pasa es que la respuesta, aunque menos eufónica, resulta más diversificada porque, como todo lo humano, es reprimida. Todo el mundo sabe que lo bueno de la represión es que da variedad a la vida: si el sexo no estuviera reprimido ¡Qué aburrido sería, todo igual! (Y lo siento lector, pero no pongo más ejemplos). Así pues, el que vaya de nuevas a un concierto, que no se sorprenda si advierte que a su alrededor brotan las más insospechadas explosiones fisiológicas. Es normal y hasta digno de aplauso: pensar otra cosa sería contravenir la propia naturaleza, y no estamos para contravenir ni eso ni nada. Además, en el Arte más que en ninguna otra actividad humana, lo importante es participar.

Y ... ¡Qué bonito es, lector, que la gente participe en un concierto! Te voy a contar un suceso verídico, acaecido al final de un ciclo de recitales a cargo de pianistas célebres. Fue el último un intérprete meticuloso y preciosista que, por mejor demostrar ambas cualidades, tocó suavemente la primera obra del programa: como es lógico, los ruidos procedentes de la sala no le dejaron oír ni a él. Pero llegó la segunda obra, que era la «Appassionata» de Beethoven: el hombre se la tomó por la tremenda, y se *apasionó* a base de bien, hasta el punto de que acalló al respetable a golpes de piano. Durante todo el concierto se mantuvo en ese plan, con lo cual consiguió algo increíble: que no se le oyera más que a él.

Uno, al final, se temía la venganza de quienes se habían visto reducidos al silencio; pero, por el contrario, cuando aquello acabó, estalló una ovación unánime. Lo primero que se me ocurrió para explicarla fue que en ella se concentraban todos los ruidos hasta entonces ahogados, pero por fin di con la verdadera razón: con su ensordecedor aplauso, el público reconocía deportivamente su derrota ante quien era capaz de sonar más fuerte que él. ■ JOSE RAMON RUBIO.



ESCUELA DE PESIMISMO

DESDE Larra hasta hoy, pasando por Ganivet y por aquel coro de maestros Jeremías que fue la generación del 98 y por el muro de las lamentaciones de la última postguerra hasta llegar a la ilustre hornada del silencio respetuoso de nuestros días, los escritores españoles sólo han escrito un artículo único: un artículo que trata del artículo que les gustaría escribir pero que no se puede escribir. Larra anduvo con un bisturí en la mano dispuesto a abrir en canal a aquella sociedad enchisterada, pero en vez de llegar al hígado de la cuestión sólo le fue permitido pasar el plumero y hacer cosquillas con el péñola en el sobaco de los políticos. Larra se suicidó. También Ganivet pretendía arreglar el problema del país con la pluma cuando los caciques iban armados con escopeta. Ganivet se suicidó. La generación del 98 para poder comer caliente tuvo que eludir el tema principal de nuestro fracaso como nación y se limitó a echar la culpa de todos los males a la raza en general por aquello de que está atizada por el anticlón que la hace morena y gitana mientras los responsables concretos cenaban tranquilamente en Fornos, asistían a la búsqueda y captura de la pulga de la Chelito y tenían una querida entretenida en la calle Jardines. La generación del 98 no se suicidó de un golpe; lo hizo lentamente forzada a comer garbanzos de por vida.

Los literatos de la postguerra, los que se quedaron aquí, dentro del cercado, se hicieron grandes especialistas en endecasílabos, maestros cantores de luceros, hábiles instrumentistas de óboe, felices virtuosos en el juego de la media comba del incensario, todo bajo el imperio de los hermanos Quintero y de Gabriel y Galán según fuera en prosa o en verso. Así es como nuestra literatura de mucho tentar el vado, de tanto suspirar por la pascua florida de la libertad de expresión, en dos siglos ha cogido un sedimento lacrimoso, masoquista, moralista y sermonero que no hay quien la aguante.

Y en la actualidad, ya se sabe, el escritor se limita a tocar el arpa en el descampado. Si pretende desenmascarar a la oligarquía acaba escribiendo de don Santiago Bernabéu, si quiere abordar un tema hondamente social acaba glosando las castañeras en las esquinas de noviembre o las cerilleras de los lavabos de cabaret, si desea analizar una situación política termina hablando de los canapés y montados de lomo del hotel Mindanao. Tiene que ser terrible el día de la pascua florida de la libertad de expresión cuando después de dos siglos de llorar el escritor no sepa escribir ese artículo por el que tanto ha suspirado. Ese día sería el indicado para dedicarse definitivamente a la tarea de captar ranas. ■ VICENT

